



TEMPLO DE SAN FRANCISCO ACATEPEC. ALTAR LATERAL. CHOLULA, PUEBLA.

• 212 •

Colocado el templo en lo alto de la graciosa colina á cuyo alrededor se agrupan las modestas casas y chozas del pueblecillo, parece el pastor cuidadoso del rebaño que en su torno se apacienta, y en rigor, no sólo lo parece sino que lo es.

No son tan humildes los indígenas de Acatepec, que no se hayan dado cuenta de que poseen algo muy valioso, principalmente desde que una legión de fotógrafos y turistas, llegan un día sí y otro también á interrumpir sus tranquilas siestas, y á solicitar las llaves que permiten el paso á aquella especie de caverna de Aladino.

Como todo el que guarda un tesoro se muestra algo avaro de él, á fuerza de oír estos sencillos campesinos que su iglesita es una maravilla y que en la misma México, "hablan admirados de ella," muéstranse ya

algo rebacios para enseñarla al primer llegado, y si éste no se presenta á hora de oficios divinos, puede correr el riesgo de quedarse sin ver cómo es el interior del templo.

Por supuesto que un viajero inteligente, no se apenaría del todo, pues basta la fachada de la iglesita para dar por bien empleada la caminata de una legua larga que se necesita para llegar al pueblo en cuestión. Nada más vistoso que la combinación de azulejos de que está revestida esa fachada. Brillan que es un contento, y tan limpio y reluciente conservan el esmalte, que se dirían acabados de fabricar ayer apenas. Pero no son unos azulejos cualesquiera; ¡nada de eso! Son "de los de la buena época," de los que ya no se hacen en estos tiempos de mucha industria y poco arte.

(Continúa).



TEMPLO DE SAN FRANCISCO ACATEPEC, UN COSTADO DEL ALTAR MAYOR. CHOLULA, PUEBLA. • 231 •

Si bien es verdad que las casas de Puebla y de muchas otras ciudades coloniales conservan todavía preciosos nichos y otros adornos hechos de bellos y buenos mosaicos, de los que se hacían bajo el virreinato, es cierto también que los que luce la fachada de San Francisco Acatepec son número uno entre todos. Perfecto es el vidriado, grande y hermoso el tamaño, el mayor de todos los que conocemos, y artístico y gallardo el dibujo. ¡Pues y la combinación! ¿Qué decir de ella? Aquella feliz mezcla de colores brillantes es tan seductora á la mirada, que creíase estar contemplando un ventanal gótico, un rosotón de aquellos que en Europa son verdadero tesoro de vidrios esmaltados y pintados. En fin, hágase de cuenta que mirando esta fachada se contempla el manto de iris convertido

en piedra, y colocado como los recamos deslumbradores de una vestidura mágica. Pero si son bonitos los colores y dibujos de los azulejos, ¿qué decir del torneado de las columnas, del cúmulo de remates graciosos, de las hornacinas afiligranadas, y de las molduras, guirnaldas, perillas y todo género de adornos que ostentan la fachada y la torrecilla? ¡Pues y aquel gracioso campanario, colocado al sesgo, y vestido también de colores, como si estuviese perpetuamente de fiesta!

Es muy cierto; quien quiera recrear á su antojo los ojos, que mire la fachada de Acatepec. Y una vez que esté lo suficiente hechizado, éntre, si puede, y sobre todo si le dan las llaves, éntre á la nave de ese templo, que seguramente le ha de reservar más de una sorpresa.

(Continúa).



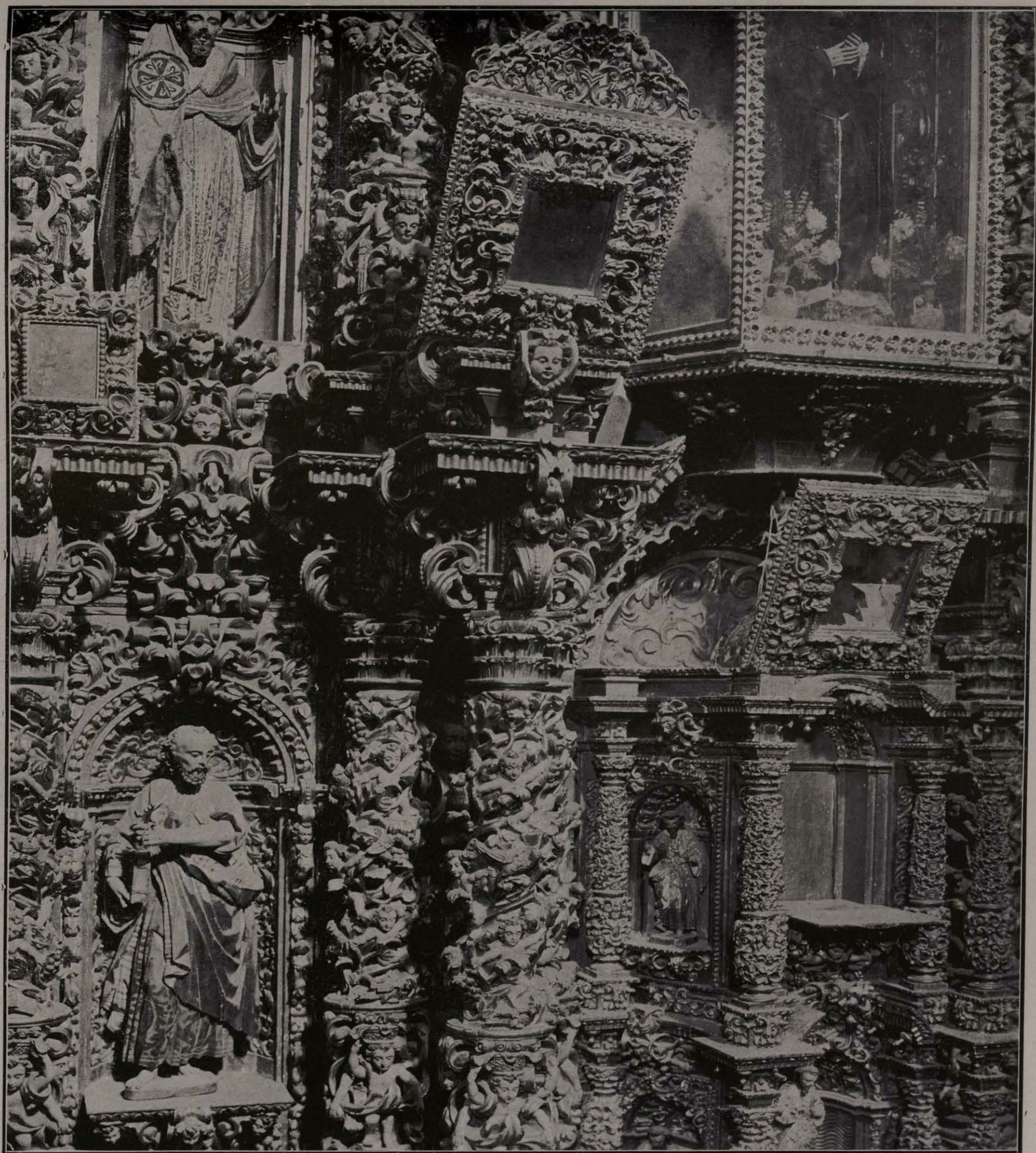
TEMPLO DE SAN FRANCISCO ACATEPEC. ALTAR MAYOR. CHOLULA, PUEBLA.

• 214 •

Quedamos en penetrar al fantástico recinto del templo de Acatepec. ¡Hémos allí! Se trata de contemplar, un buen rato, el ejemplar tal vez más notable de tallado en madera que nos dejó Churriguera en esta comarca. Es difícil admirarse en México de un retablo churrigueresco, porque parece que este país fué el escogido por los propagadores de tal estilo, para llevarlo á su lozanía suma y supremo florecimiento. Y esta vez no está mal empleada la palabra florecimiento, si se considera el cúmulo de flores, hojas, racimos, cardos, tréboles y exuberante hojarasca de madera, que dejaron esos señores en este lugar. ¡Y vaya si no es buen cedro, aromático cedro que parece aspirar aún el aire perfumado de las montañas, el material precioso de que se hizo toda esta soberbia fábrica! ¡Pero, señor!... ¡qué paciencia han de haber tenido estas gentes!... ¿Cómo fueron entretejiendo tanta guirnalda, torneando tan numerosas vo-

lutas, calando aquí y allá las columnillas, columpiando los racimos, que se diría son de auténticas uvas; cómo combinaron y entrelazaron esta artificiosa lajería, esta alharaca tan complicada, que sólo de admirarla cansa los ojos y desconcierta la imaginación? ... Todo cuanto pudiera objetarse al churriguera, se dispensaría esta vez á los monjes franciscanos, por la rica imaginación de que hicieron aquí derroche, y por el buen oro viejo con que vistieron estos retablos. ¡Al fin! ¡Hasta que se puede uno recrear en un dorado auténtico, hecho á conciencia, espeso y legítimo! Ya daba grima encontrarse por todas partes restauraciones lamentables, profanaciones bárbaras; ya daba grima encontrar un altar al que no le hubiesen arrebatado el "oro del buen tiempo," para barnizarlo con el que se usa en nuestros días, malo y frío como todo lo del día. ¡Aquí sí sabremos cómo doraban los antiguos!

(Continúa)



TEMPLO DE SAN FRANCISCO ACATEPEC. DETALLE DEL ALTAR MAYOR. CHOLULA, PUEBLA.

• 215 •

Muy sabido es que los artistas españoles, si bien no alcanzaron jamás la perfección de los italianos en la escultura en mármol, ni compiten con el buen gusto francés en la creación de estilos, han sido inimitables en la escultura en madera, en la talla, en los trabajos de la gubia. La imaginaria española, es, en efecto, la más notable del mundo. Los templos y catedrales de la madre patria, están llenos de joyas de esta especie, sin olvidar, por supuesto, las reliquias que en ellos han acumulado plateros y miniaturistas, orfebres, grabadores y lapidarios. Algo de esta habilidad innata en los artistas oriundos de tierra española, se puede notar en los templos de México. En esto, el período colonial dejó por todas partes esparcidas filigranas decorativas, a unque manifestando siempre la honda huella del churriguera, que es el estilo predominante, como si en sus mismas exageraciones é intemperancias tuviera algo del carácter de la raza.

Estas y otras reflexiones se le ocurren con facilidad al visitante que contempla los colaterales y demás retablos, altares y adornos de toda especie, que hacen del templo de Acatepec, un primor raras veces igualado. Los dibujos de festones y molduras, son, muchos de ellos, exquisitos. Hay también profusión de reclinatorios preciosos, hechos de finas maderas incrustadas, confesonarios de gran mérito, púlpito, imágenes y sitial; en fin, cuanto suele encontrarse en estos edificios, aunque realzado aquí con un esmero sumo en el trabajo, que revela la fe profunda de aquellos monjes y la potencia de su ideal, que en obras tan grandiosas é imperecederas se manifestó. Debemos creer, por supuesto, que hubo entre los artífices muchos indígenas, cuyas aptitudes son tan conocidas. Lo que sí no es creíble, es que posea este templo una gran esmeralda, que se usa como ara en el altar y que á nadie enseñan los del pueblo. Probablemente será un ejemplar de jade bastante bello.